

Una reconsideración sobre los debates historiográficos de la identidad nacional en Argentina (1930-1943)

Reconsidering Historiographical Studies of National Identity in Argentina (1930-1943)

Resumen

Este artículo se propone realizar un estado de la cuestión sobre los debates historiográficos dedicados al estudio de los movimientos nacionalistas y de la identidad nacional durante el período 1930 y 1943. A partir de la puesta en diálogo de la bibliografía, el objetivo es realizar una caracterización problematizada de las variaciones de uso y las apropiaciones de clase del nacionalismo tanto desde concepciones de derecha como desde visiones de izquierda. De este modo, nos proponemos demostrar, en primer lugar, que, aunque se mantenga desde la organización formal del artículo una escisión entre posturas de derecha y de izquierda, la complejidad del período impide caracterizaciones demasiado aglutinantes y, menos aún, estáticas. En segundo lugar, buscaremos destacar la importancia futura de una revisión integral del papel del nacionalismo y de la identidad nacional en las izquierdas de la década del treinta.

Palabras claves: Años Treinta; Identidad Nacional; Nacionalismos Argentinos.

Abstract

This paper aims to present a state of the affairs on the historiographical study of nationalist movements and national identity in Argentina between 1930 and 1943. From the analysis of the bibliography, the objective is to realize a complex characterization of the variations of use and class appropriations of nationalism in right-wing and left-wing perspectives. As a result, we propose to demonstrate, firstly, that the complexity of the period guards against too agglutinative and static characterizations. Secondly, we will seek to highlight the future importance of a comprehensive review of the role of nationalism and national identity in the left-wing perspectives of the 30s.

Key Words: The 30s; National Identity; Argentinean Nationalism.

Fecha de recepción: 22/01/2018

Fecha de aceptación: 25/09/2018

Una reconsideración sobre los debates historiográficos de la identidad nacional en Argentina (1930-1943)

Martina Guevara*

Introducción

La construcción del período 1930-1943 en tanto década y en tanto infame trascendió el sentido otorgado por José Luis Torres en 1945¹; la degradación institucional producto del fraude, la crisis económica, los negociados espurios con el capital extranjero y la represión estatal colocados muchas veces desde la historiografía por sobre otros concomitantes para describir el periodo reforzaron “la infamia” como unidad de sentido; lo mismo ocurrió desde los estudios dedicados a la cultura de los treinta que convergieron en una caracterización de la etapa como infructífera y de transición entre las vanguardias de los veinte y el boom posterior a 1955. Dentro de estas representaciones, la cuestión nacional y, en específico, los nacionalismos políticos en creces durante el período fueron víctimas también de una mirada unidimensional que los asoció, en mayor o menor medida, y como advierte Michael Goebel (2013), a una ideología reaccionaria y de derecha.

Consideramos, por el contrario, y siguiendo a María Teresa Gramuglio (2013), que la índole misma del nacionalismo, por la variedad de sus usos y apropiaciones de clase, resiste las clasificaciones unívocas y conlleva a un examen minucioso de la forma que fue adoptando en cada caso particular. Amerita, por lo tanto, realizar un estado de la cuestión sobre la historiografía dedicada al tema. El objetivo es encontrar en la puesta en juego de la bibliografía las componendas para una revisión integral de los nacionalismos de los treinta que permita rehuir de las veladuras indefectiblemente provocadas por definiciones demasiado aglutinantes. De este modo, a lo largo de artículo buscaremos realizar una caracterización amplia que permita agrupar, con fines analíticos, diversas corrientes del nacionalismo de derecha y, también, de izquierda. Esto se traduce, en lo formal, en dos grandes apartados. Destinada al estudio de los nacionalismos de derecha, uno de los focos de esta sección serán los orígenes del pensamiento nacionalista de derecha en la Argentina, lo que llevará a dar cuenta de formaciones precedentes a 1930, como La Liga Social Argentina, La Liga Patriótica y La Liga Republicana. Las visiones nacionalistas de izquierda constituyen el eje del segundo apartado. Luego de analizar el caso de FORJA, el abordaje de la temática excederá los límites de los movimientos estrictamente nacionalistas y buscará, en otras formaciones partidarias de izquierda, el Partido Socialista y El Partido Comunista específicamente, maneras de entender y de imbricarse con la ‘Nación’ y ‘la nacionalidad’ que conllevaron a reestructuraciones e incluso a modificaciones

*Es Licenciada y Profesora en Letras (UBA) y Técnica en Guion Cinematográfico (FUC). Becaria Doctoral del CONICET, Argentina. E-mail: guevaramartina@gmail.com

¹ Acorde con su ideología, el periodista nacionalista de derecha usó el epíteto de “década infame” para abarcar a los gobiernos conservadores que prosiguieron luego de la muerte de José Félix Uriburu.

dramáticas en su visión partidaria. Finalmente, la conclusión funcionará a modo de recapitulación de lo anteriormente analizado otorgando un primer componente interpretativo.

Aun así, debe decirse que tanto circunscribir la investigación a los años comprendidos entre 1930-1943 como centrarse en la problemática de los nacionalismos para ese período conlleva a ciertas asunciones no exentas de controversias. Darío Macor en “Imágenes de los años treinta la invención de la década del treinta en el debate político intelectual de la Argentina sesentista” (1995) advierte sobre la cualidad de constructo de ‘los años 30’. Este autor revela cómo el período 1930 - 1943 en tanto característico de la crisis del modelo liberal y explicativo de los procesos venideros adquiere, en especial, tras la caída de Perón en 1955 y hasta mediados de los setenta, mayor densidad significativa. En ese aspecto, se vuelve crucial la actuación de la revista *Contorno* por ser difusora de una imagen de los treinta construida como una suerte de “edad oscura” signada por el fraude y el cinismo de la clase dirigente, y que traza una línea divisoria entre dos períodos marcados: “el radical de la frustrada república de las clases medias y el peronista que Viñas² quiere ver ya prefigurado en la transformación social y cultural de esos peones rurales devenidos en obreros industriales” (Macor, 1995:7). A su vez, a finales de la década del 1950 y principios de la de 1960, desde otra vertiente ideológica, José Luis Romero afina la interpretación que encuentra en los años treinta los formantes nacionalistas y fascistas³ que explicarían los orígenes del peronismo. En ese momento también Gino Germani encuentra en la falta de integración identitaria del aluvión migratorio interno impulsado por el proceso de sustitución de importaciones una de las razones que habilitaron el surgimiento de Perón como líder.

No obstante, y si bien toda periodización histórica incurre en cierta arbitrariedad al realizar un corte tajante respecto de los acontecimientos que la circunscriben, consideramos que el crack financiero de 1929 y el golpe de septiembre de 1930 tienen, como hechos, la cualidad simbólica suficiente como para serles otorgado un valor de ruptura frente a los sucesos anteriores. Estos episodios modificaron drásticamente la situación económica y social de los argentinos, a la vez que marcaron un quiebre definitivo con respecto a un modelo que veía en el progreso indefinido y en el Estado republicano sus baluartes civilizatorios esenciales. No sólo la gran ola expansiva cuyo fruto era la Argentina moderna en su rol de “granero del mundo” se había agotado de manera irrevocable (Halperín Donghi, 2013), sino que hacia finales de la década el Ejército cambió de manera taxativa su rol institucional dejando de ser el soporte o árbitro de la vida civil para pasar a intervenir de manera autónoma en el Ejecutivo.

Por otra parte, más allá de la complejidad teórica de conceptos como el de nación y nacionalismo, cuyo abordaje excede el propósito de este artículo, la elección de anclar una investigación sobre los años treinta en la problemática de la identidad nacional es conflictiva por sí misma. Sobre todo, si se desea tener en cuenta su significancia para el campo de la cultura. A la tematización casi salvaje de ‘lo nacional’ que Oscar Terán (1986) adjudica como representativa de la producción literaria de la época, Gramuglio

² Se refiere a Ismael Viñas, director de la revista.

³ Darío Macor (1995) señala que, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad Argentina del siglo XX* (1983), José Luis Romero abandona la categorización de fascismo para referirse al peronismo.

(2013) le contrarresta una interpretación del período que encuentra este tema como uno de los ejes de constancia respecto de las décadas precedentes y, de esta forma, no necesariamente característico. Entre estas dos posturas podríamos ubicar el amplio espectro de significaciones que la crítica ha trazado sobre el período cultural y su relación con la problemática de lo nacional. El anclaje de los escritores con sus circunstancias específicas, más que en el planteo de objetivos concretos, se percibe en la fundación de una moral política. Por lo pronto, pareciera haber coincidencias en el corrimiento que sobre el rol del intelectual se produjo en el campo de la cultura. Tanto David Viñas (2007) como Celina Manzoni (2009) concuerdan en la asunción por parte de los intelectuales de la época, desde orientaciones ideológicas diversas, de tener la responsabilidad de guiar políticamente al resto de la sociedad. Manzoni (2009) hace especial hincapié en que el compromiso político de los escritores generalmente ubicado por la crítica en la segunda posguerra debe, por el contrario, situarse en el período estudiado. En un sentido semejante, parecen encontrarse las opiniones de Eduardo Romano (2009) y María Inés García Cedro (2007). Aunque ambos precisan el año 1938, fecha de intensificación de la guerra civil española, como decisivo en el campo cultural argentino. Este momento marca para Romano (2009) prácticamente el fin de la colaboración entre grupos ideológicamente divergentes, tan habitual en los primeros años de la década; para García Cedro (2007), el acercamiento de posturas antes rivales frente al recrudecimiento de los acontecimientos internacionales. El relacionar los nacionalismos argentinos de los años treinta a los cambios producidos en la dinámica entre la intelectualidad y la política implica un posicionamiento que entiende, en coincidencia con Manzoni, que: “la nueva situación operó, entonces, sobre el límite de las diferencias que llevaron a la postulación y, en algunos casos, a la concreción de profundos cambios en la cultura y en el concepto hasta entonces vigente del intelectual así como, en otra instancia, en el de nación” (2009: 544). En conclusión, nuestro artículo no se propone tanto una pregunta por la intensidad de los nacionalismos o de las tematización de la nación en el período cómo por especificidad que adquiere en los años treinta en la Argentina.

Finalmente, el corte en 1943 en un trabajo dedicado a estudiar las configuraciones de la nacionalidad entiende que el peronismo abre un nuevo capítulo en las formas de entender la idea de nación en el uso renovado de los elementos existentes y en los efectos inesperados que provoca en la sociedad (Ballent 2015). De todos modos, no desconocemos que tanto si se desea pensar en el cambio de paradigma económico⁴ como en las modificaciones culturales de los sectores populares⁵ o en los formantes que dieron lugar al peronismo,⁶ los límites 1930-1943 pueden ser resquebrajados.

El nacionalismo en las visiones de derecha

⁴Claudio Bellini (2010) observa en el caso de la industria lanera una continuidad en el proceso de sustitución de importaciones del último tercio del S.XIX.

⁵Carolina González Velasco (2014) y Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero (1989) parecen encontrar en el período de entreguerras una limitación más precisa para las transformaciones ocurridas en este aspecto.

⁶ Ver, como ejemplos, Alberto Ciria (1964); Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero (2004).

Mariano Barroetaveña y Enrique Weinmann (1999: 19) indican que el nacionalismo argentino, en contraposición con lo acaecido en muchos países, no se inició como sostén de una emergente nación unificada, ni como ideología anticolonialista, sino que, por el contrario “emergió como una reacción al modelo de integración económica, étnica y cultural al sistema mundial”. De hecho, la crisis del modelo de desarrollo económico basado en un progreso material indefinido y sustentado una ideología positivista que creía en un destino manifiesto de “grandeza” para la Argentina parece ser la hipótesis más extendida a nivel general para explicar el surgimiento del nacionalismo en el país. En efecto, la reacción hacia lo que hasta el momento se consideraba ‘progreso’ repercutió, en diversas corrientes políticas. En el caso específico de las derechas nacionalistas se desarrollan durante el período inscripto entre 1930 y 1943 aproximadamente doce organizaciones principales, a saber: Legión Cívica Argentina, Acción Nacionalista Argentina-Afirmación de una Nueva Argentina, Amigos del Crisol, Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios-Alianza de la Juventud Nacionalista, Baluarte Restauración, Unión Nacionalista Argentina-Patria, Liga Republicana-Fortín, Afirmación Argentina, Frente de Fuerzas Fascistas-Unión Nacional Fascista, Renovación, Unión Cívica Nacionalista, Partido Libertador.

Un rasgo preponderante dentro de los grupos nacionalistas de derecha lo encuentra Cristian Buchrucker (1987) en la adopción del realismo tomista como filosofía oficial. Sus ideólogos principales en Argentina fueron Julio Meinvielle, Alberto Ezcurra Medrano, Héctor A. Llambías y Juan Carlos Villagra. El realismo tomista proclamaba el retorno a una Nación Espiritual fundada en la Iglesia Católica y basada en la obra de Santo Tomás de Aquino. Asumía que la penetración de las corrientes iluministas en Argentina constituyó una suerte de error histórico. Siguiendo esta línea, en ciertas formaciones precedentes (si bien no estrictamente partidarias pero sí de acción directa) a los años treinta, como la Liga Social Argentina, La Liga Patriótica y La Liga Republicana, es posible prefigurar algunos de sus componentes.⁷ En efecto,

⁷La Liga Social Argentina, fundada en 1908, vio entre sus integrantes a Gustavo Franceschi, futuro director de la revista cultural nacionalista *Criterio*; a Santiago O'Farell quien será uno de los dirigentes de la Liga Patriótica; y al economista Alejandro Bunge. Si bien hay poca bibliografía que trabaje en profundidad esta Liga, Alberto Spektorowski (2015) indica como la meta principal de la asociación elevar económica e intelectualmente a las clases sociales a partir de una organización cristiana de la sociedad desde la que se luchase contra, en palabras de sus protagonistas, “tendencias subversivas”. La Liga Patriótica Argentina, que puede ser considerada como el más importante antecesor de los grupos nacionalistas (Lvovich, 2003, p.189) se inicia en 1919 como brigada de choque en colaboración con las autoridades en la represión a las huelgas de la denominada Semana Trágica. Su institucionalización fue promovida por el deseo de sus integrantes de cumplir una función de sostén del “orden público” y de hostigamiento de cualquier posible manifestación revolucionaria. En su momento de apogeo, Finchelstein (2010) indica que llegó a contar con 11000 miembros. La “Patria”, resaltada en el nombre con la que eligieron definirse, se caracterizaba por el “orden” y por sostener una moral católica; atributos ambos que los miembros de la LPA consideraban perdidos tras la irrupción de ideas extranjeras. Como señala Mirta Moscatelli (2002), si bien en sus inicios su accionar estuvo asociado a las necesidades de las clases dirigentes, pronto sus objetivos fueron, en coincidencia con los de “La Liga Social Argentina”, los de buscar una solución para los problemas de las clases trabajadoras fundada en el asistencialismo cristiano. Su visión de la Argentina, no obstante, y como también se encarga de remarcar Moscatelli mantenía su ligazón al modelo Republicano de la Generación del 80, aunque advirtiendo que en su formación faltaron legislaciones encargadas de defender la nacionalidad argentina frente a las infiltraciones de ideas disolventes y foráneas. Su presidente, Manuel Carlés, pensaba que se debía implementar una república restrictiva que, por otra parte, entendía que respetaba el espíritu de los fundadores de la patria. A su vez,

Spektorowski (2015) encuentra la tradición del catolicismo social impulsada a partir del *Rerum Novarum* del Papa Leo XII como el denominador común de estas tres agrupaciones. Siguiendo una posición política tomista, explica el autor, parte de la derecha de corte integracionista entendió que, para hacer frente a las ideas revolucionarias y “disolventes” traídas por la propia inmigración convocada, era necesario recuperar la unidad identitaria nacional a partir de la organización cristiana de la sociedad bajo el marco de un corporativismo de Estado.⁸ En la misma línea se ubica el trabajo de Loris Zanatta (1996) quien sostiene que el nacionalismo de derecha en la Argentina se inscribió en el universo ideológico del catolicismo. De manera coincidente, Ernesto Bohoslavsky (2013) destaca que los nacionalistas adoptaron al catolicismo y la hispanidad como elementos fundantes de la nacionalidad, aunque considera que se debe moderar el peso de la estructura y la ideología de la Iglesia en su conformación. Por su parte, Liliana Garulli (1995) advierte sobre la equivocación de asociar directamente a los adherentes del catolicismo integral con el nacionalismo, si bien señala la concordancia entre estos grupos respecto a la culpabilidad del liberalismo en la decadencia y pérdida de la identidad de la patria; además también destaca su coincidencia en que el catolicismo era el mejor remedio frente al problema del comunismo. De hecho, es en esos años que se fortalece el imaginario de la Argentina como Estado Católico y que va a ser retomada luego por Uriburu y por los grupos nacionalistas uriburistas que lo sobrevivieron.⁹

El inicio de un proceso a través del cual la “auténtica cosmovisión argentina” representada en los valores tradicionales de la Iglesia habría de reconquistar su posición dominante en la cultura generaba un problema para una república nacida bajo los principios de la modernidad (Buchrucker, 1987: 124). Esta fricción es señalada también por Bohoslavsky (2003) al visualizar en las fiestas patrias norpatagónicas -en tanto caja de resonancia de los conflictos y expresiones ideológicas propios de las áreas centrales del país- el enfrentamiento entre un polo ideológico nacional-católico y un polo republicano-democrático. Sin embargo, como advierte Elías Palti (2002), se debe tener

según Sandra McGee Deutsch (2005: 254), fue el primer grupo en convocar abiertamente al derrocamiento de Yrigoyen. Finalmente, La Liga Republicana constituye para María Inés Tato (2009) la primera organización nacionalista. Los integrantes del periódico *La Nueva Republica* deciden a mediados del año 1929 pasar a la acción directa formando La Liga Republicana, impulsada por Rodolfo Irazusta y Roberto Laferrère con el apoyo de Uriburu; su base fue el local del diario *La Frontera* perteneciente al primo del General, Francisco Uriburu. Sus autoridades se designaron de manera definitiva en octubre de 1929: Rodolfo Irazusta, Daniel Videla Dornay Roberto de Laferrère. En su disolución, potenciada por las posiciones encontradas de sus miembros ante las elecciones de diputados de la Capital en marzo de 1930, entran en discordia, como relatan María Inés Barbero y Fernando Devoto (1983), definiciones divergentes entre sus miembros del modelo de Nación deseada. Mientras que Irazusta optaban por la creación de un partido nacionalista que se mantuviese dentro de los límites de un régimen democrático a partir de una alianza conformada entre los socialistas independientes e intelectuales nacionalistas, Videla Dorna y Laferrère preferían apoyar a la fórmula del socialismo independiente sin participar directamente en la elección. Resultado de esta disputa fue la renuncia de Rodolfo Irazusta a sus filas.

⁸No obstante, este último factor, como se verá en el análisis particular de las agrupaciones, no será una característica orgánica del nacionalismo predecesor a 1930.

⁹En este aspecto, Finchelstein (2010) se encarga de señalar el profundo catolicismo de Uriburu al que cita manifestándose adepto a la línea editorial de *Claridad*. Respecto del catolicismo de los nacionalistas de derecha considera adecuado hablar en la Argentina de “fascismo cristianizado o clerofascismo” (Finchelstein, 2010: 219).

cuidado en circunscribir la historia de las corrientes nacionalistas en un entramado de disputas antinómicas entre visiones de raíces iluministas y posturas heredadas del romanticismo, asumiendo, para estas últimas una asociación directa con posturas autoritarias y reaccionarias.

En efecto, si la filosofía tomista nos sitúa respecto del posicionamiento ideológico-filosófico de las corrientes nacionalistas de derecha entre 1930 y 1943, puede engañar en relación a sus orígenes. De hecho, podríamos encontrar como antecedente los cuestionamientos de la elite conservadora gobernante a su propio modelo de desarrollo económico, enraizados en una de las consecuencias inmediatas del mismo: la inmigración.

La ligazón entre los grupos conservadores que habían moldeado el proyecto económico de 1880 y las corrientes nacionalistas de derecha constituye una de las hipótesis principales de María Inés Tato (2009). Refiriéndose al surgimiento de estas facciones nacionalistas, explica que su caracterización como una tendencia política desvinculada de orientaciones argentinas previas está alimentada de los bastimentos hagiográficos de los propios militantes nacionalistas. En este constructo, los grupos nacionalistas son presentados en oposición a las fuerzas conservadoras que habían moldeado la Argentina liberal desde 1880 adelantando un conflicto que recién se daría de manera contundente a mediados del siglo XX. Por el contrario, para esta autora:

esta corriente de la derecha compartía con los conservadores un sustrato ideológico común, fundado en su anclaje en la tradición liberal, que favoreció su acción conjunta en el contexto de la crisis de fines de los años veinte, desmintiendo las distancias originalmente atribuidas a ambas fracciones de la derecha (Tato, 2009: 149).

En este mismo sentido, parece encontrarse la hipótesis de Barroetaveña y Weinmann (1999) quienes interpretan que el rechazo frente a las transformaciones producidas por la implementación del modelo agroexportador terminó por definir el perfil ideológico de los nacionalistas; estos anexaron elementos del catolicismo y de los movimientos fascizantes europeos hasta adquirir una tónica crecientemente militante que tuvo su punto culminante en la revolución de 1930. Una postura opuesta manifiesta Federico Finchelstein (2010). La divergencia respecto del lugar que los extranjeros ocuparon en el proyecto nacional de los políticos conservadores frente al rol que tomaron en las visiones nacionalistas marca, para este autor, una brecha infranqueable entre ambas vertientes. Según su hipótesis, la concepción inclusiva de los conservadores con respecto a la inmigración fue distorsionada en términos xenófobos por los nacionalistas - fascistas argentinos que la consideraban un elemento ajeno al cuerpo patrio. Y si bien aclara que durante la década del 1920 un espectro importante de los grupos conservadores se fue volcando hacia un catolicismo social con el que se vinculaban los grupos nacionalistas, de todos modos permanecían identificados con las ideas centrales del liberalismo del siglo XIX. Por el contrario, según su postura, la totalidad de los grupos nacionalistas argentinos (a los que relaciona rápidamente con el fascismo)¹⁰ rechazaban el valor del

¹⁰ Para Buchrucker (1987) no puede negarse que, en lo fundamental, el nacionalismo restaurador argentino se trató de un movimiento fascista. Sin embargo, considera que la Liga Republicana y el Partido

liberalismo tanto para la historia como para el devenir del país. En este sentido, el autor interpreta que el apoyo de los sectores conservadores al golpe de septiembre de 1930 se explica en que les permitía retornar al viejo régimen que “defendía la democracia liberal, mientras negaba sus consecuencias prácticas” (2010: 124).

Posiblemente, parte de la encrucijada teórica planteada pueda resolverse entendiendo como formas divergentes de concebir el nacionalismo dentro de la derecha las dos vertientes militares, la liderada por Uriburu y la conducida por Justo, que, aunque en disputa interna entre sí, perpetraron juntos el golpe a Yrigoyen. En principio, el grupo en torno a Uriburu, que aspiraba a un sistema corporativo de representación y a un estado totalitario y militarizado, podría pensarse bastante más próximo al modelo fascista italiano, con sus particularidades argentinas, que ligado a las corrientes liberales argentinas. De hecho, Finchelstein (2010), al describir los inicios de este movimiento, lo desvincula de partidos políticos específicos para asociarlo a adopciones estéticas dentro del campo de las artes y, en específico, a la figura del Lugones. Por otro lado, en varias versiones canónicas, el semanario *La Nueva República* es catalogado como uno de los principales difusores y configuradores de la ideología nacionalista no cívica.¹¹ Pero aún depuesto Uriburu, las críticas de estos grupos nacionalistas –incluso de los más leales a Uriburu como la Legión Cívica Argentina–¹² no eran excesivamente fuertes o, por lo menos, no se centraban en la figura de Justo. Para Finchelstein (2010) este hecho tiene dos posibles respuestas: la primera es la convicción de los nacionalistas de que Justo representaba una buena alternativa frente al radicalismo; la segunda, que Justo se encargó de conservar el reconocimiento institucional de la Liga Cívica Argentina y brindarle a sus integrantes puestos administrativos en el Estado. Proponemos sumar a estas explicaciones el hecho de que muchos de los nacionalistas que respaldaron al golpe de septiembre habían ensayado desde sus organizaciones un discurso de un republicanismo coincidente con el que representaba Justo.

La adscripción o no a un proyecto republicano funcionó como un parteaguas ya desde las organizaciones católicas que nuclearon, como vimos, buena parte de los lineamientos ideológicos del nacionalismo. Esta escisión se puede comprender desde la división propuesta por Zanatta (1996) entre el diario católico *El pueblo* –que como recuerda Miranda Lida (2012) se presentaba como un diario socialmente inclusivo, con reminiscencias del tipo popular y democrático– y la revista católica *Criterio*, profundamente antiliberal y antidemocrática: “Esquemáticamente *El pueblo* expresó la línea justista del catolicismo y *Criterio* la uriburista” (Zanatta, 1996: 51). Como se

Libertador deberían ser catalogadas como formaciones proto y semifascistas, mientras que Restauración y Unión Nacionalista Argentina-Patria presentan oscilaciones. Para David Rock (1993) el carácter tradicionalista, católico y elitista (manifestado también en la oposición a fundar su movimiento en el apoyo y la movilización popular) del nacionalismo argentino limita la posibilidad de su asociación con el fascismo.

¹¹ Mariela Rubinzal (2012) entiende que el problema de la definición del objeto, según observan Barbero y Devoto (1983: 39), “trae aparejado la cuestión de la cronología, por eso quienes estudiaron el nacionalismo en tanto fenómeno político con cierto sistema de ideas más o menos establecido utilizaron como punto de partida fines de la década de 1920 cuando apareció en escena el semanario *La Nueva República*”.

¹² La legión Cívica Argentina fue la organización paramilitar más importante de principios de la década, creada en 1931 bajo el patrocinio de Uriburu llegó a tener 30.000 miembros sólo en Capital.

encarga también de señalar Zanatta, las posturas defendidas por *Criterio* no contaban todavía con un apoyo mayoritario. De hecho, Uriburu se vio obligado en su discurso inaugural a convocar a una futura restauración democrática: “Ahora corresponde a vosotros terminar la misión comenzada por el ejército de la patria. A vosotros la Ley Sáenz Peña os ha dado el arma democrática más poderosa. Ahora envainamos las espadas y son las urnas las que tienen la palabra” (Halperín Donghi, 2007: 37).

En efecto, la preponderancia en los grupos nacionalistas de la visión corporativa, de las coincidencias ideológicas con el fascismo, de la exacerbación de la violencia y del antisemitismo se ubicaron luego de la muerte de Uriburu (Mc Gee Deutsch, 2005). El mito de Uriburu y su revolución, que se sucedieron al fallecimiento del líder, tuvo la cualidad de funcionar como el denominador común en visiones divergentes del nacionalismo. El ejemplo paradigmático es la creación, en 1933 y de duración efímera¹³, de ADUNA que nucleó a la ANA, la LCA, La Agrupación Uriburu y El partido Fascista Argentino. Paulatinamente, las críticas desde los sectores uriburistas a Justo¹⁴ se generalizaron bajo el rótulo de traidor a la causa “revolucionaria”. Esta denominación era acompañada y solventada, por la calificación de su gobierno como liberal, hecho que no era para nada contradictorio con los orígenes políticos y familiares del mandatario (De Privitellio, 1997), y cuya implicancia sólo se puede entender en un momento histórico donde gran parte de los nacionalistas de derecha adhirieron, en mayor o menor medida, a una visión revisionista de la historia mitrista.

El mote de “liberal” que recaía sobre Justo no sólo significaba para la época ser desleal al uriburismo y a su causa, sino también ser traidor a los intereses económicos de la Patria. El nacionalismo económico fue en principio, como historiza Mc Gee Deutsch (2005), una reivindicación de las derechas quienes asociaban a la democracia con el control por parte de intereses foráneos de las riquezas del país. Estas críticas, que ya se habían iniciado antes de 1932, se recrudecieron luego de la firma del Tratado Roca - Runciman. En consonancia, Goebel (2013) encuentra como el principal denominador común del nacionalismo de la década del treinta su oposición a los gobiernos conservadores, cuya política económica se entendía servil a los intereses de una oligarquía hacendada y a los del comercio británico; de esta forma, el foco de las críticas de los grupos nacionalistas de derecha derivaron paulatinamente desde “las masas indisciplinadas, el populismo de Yrigoyen o el marxismo”, a la “oligarquía liberal” que, en su opinión, “procuraba continuar la degradante sumisión de la Argentina a Gran Bretaña, ya de larga data” (Goebel, 2013: 70-71). En consecuencia, explica este autor, el nacionalismo argentino fue perdiendo su sesgo aristocratizante inclinándose a aceptar al pueblo. A su vez, Terán (2008), describe como la idea de una “elite” destinada a gobernar los destinos de la Argentina se fue desligando de los grupos

¹³ La imposibilidad de generar un movimiento unificado es para David Rock (1993: 19) una de las características centrales que impiden hablar de un partido nacionalista en la Argentina: “sus permanentes querellas intestinas los dividieron en múltiples fracciones que les impidieron constituirse en un movimiento político en el sentido estricto de la palabra”.

¹⁴ De todos modos, la escisión entre el nacionalismo de derecha uriburista y las facciones que apoyaron a Justo presenta los riesgos de cualquier esquematismo. El caso de la corriente nacionalista creada por Francisco Fasola Castaño en 1935 que aspiraba, en palabras de Tulio Halperín Donghi, “a ser algo más que la heredera de Uriburu” (p.92) mantenía sorprendentemente su ligazón con el legado ideológico de la Argentina moderna del “progreso” y de la “opulencia”.

oligárquicos argentinos a los que se empezó a considerar adversos a los intereses nacionales.

Si bien es imprescindible resaltar la diferente concepción del ideologema en las corrientes de derecha y de izquierda, la lógica antimperialista¹⁵ fue uno de los aglutinantes decisivos de la etapa final de los nacionalismos de los treinta y el concepto que permite trazar la principal conexión con la idea de Nación proclamada por movimientos nacionalistas de izquierda. De hecho, tres años después de la publicación de *La Argentina y el Imperialismo Británico: los eslabones de una cadena 1806-1933* (1934), Julio Irazusta apoyó la candidatura de Alvear y se afilió a la UCR, al que comenzó a aceptar como único medio de lograr un gobierno antiimperialista y antiliberal. Un acercamiento similar, realizó Manuel Gálvez, que, en *Vida de Hipólito Yrigoyen: el hombre del misterio* (1939), relacionó el fascismo, en el que encontró raíces socialistas, con el yrigoyensismo, en el que leyó un espíritu corporativo. A su vez, el aprecio de la figura de Rosas se fue abriendo paso entre estos sectores fortaleciéndose a partir de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, advertir las mutaciones, escisiones y variaciones dentro de los nacionalismos de derecha nos permite no sólo conocer sus conexiones con formaciones precedentes como las fuerzas conservadoras que habían moldeado la Argentina a partir de 1880, sino también trazar algunos puntos en común con formaciones que ideológicamente resultan antitéticas. De este modo, comprobamos como señala Alejandro Cattaruzza que “en tiempos tan agitados como aquellos, las imágenes de la historia de la Argentina no fueron nítidas y, en razón de las incertidumbres que se vivían, tampoco se alineaban estrictamente con las posiciones políticas asumidas” (2001: 433).

Formas del nacionalismo entre los grupos de izquierda

Goebel (2013) advierte sobre el preconceito que asume al nacionalismo como una postura asociada únicamente a la derecha sin pensarlo como un discurso más general adaptado también a otras ideologías; en consecuencia, indica como una de las deficiencias más graves de los trabajos sobre el nacionalismo en la Argentina:

que no aclara la relación entre los distintos nacionalismos vinculándolos con cuestiones teóricas más amplias. Este problema resulta especialmente grave en los estudios sobre el nacionalismo, que por lo general tratan a su objeto como un movimiento político de derecha y no como un caso de nacionalismo [...] Otros grupos nacionalistas, como FORJA [...] se diferenciaron de las corrientes más autoritarias destacando los ingredientes populares de la comunidad nacional (Goebel, 2013: 21).

¹⁵Buchrucker (1987) advierte que no “existía un pensamiento único en el gran tema del antiimperialismo. Para los restauradores filofascistas esa bandera era otro «argumento» tendiente a descalificar la democracia como «instrumento» de la dominación extranjera. Todo lo contrario opinaban los populistas, quienes consideraban a la oligarquía y al uriburismo como agentes de esa dominación, mientras que postulaban la participación popular masiva como base política de toda estrategia nacionalista” (p.271). Además agrega luego que “para los populistas las exigencias nacionales se condensaban en el federalismo, la sociedad tendencialmente igualitaria y el Estado democrático” (p.272) aclarando, sin embargo, que FORJA distinguía entre una democracia del pueblo y una democracia teórica o formal.

Aun teniendo presente esta advertencia, la ambición de realizar un estado de la cuestión sobre los movimientos nacionalistas de izquierda en los años treinta encuentra sus límites en la escasa bibliografía dedicada al tema y en la falta de una nomenclatura específica para definirlos. Sin embargo, un capítulo realizado por Hugo Chumbita (2006) permite encontrar algunas claves para abordar esta problemática. Según este autor, en los años treinta se inicia la formación de lo que denominará la “corriente nacionalista de izquierda” y que se caracterizó por cuestionar las trasposiciones mecánicas en Argentina de los postulados internacionalistas del marxismo europeo válidos para su continente de origen. Esta vertiente entendió, siguiendo los lineamientos de Lennin y Trotsky para América Latina, que la pelea por la liberación y la identidad estatal - nacional constituía un paso previo a la etapa revolucionaria, a la vez que representaba la culminación de las luchas históricas contra la dominación colonial y semicolonial. Advierte, sin embargo, Chumbita que el nacionalismo postulado por estas corrientes era de dimensión sudamericana más que local.

De las características comunes que, para Chumbita (2006), aúnan distintas facciones de lo que considera un nacionalismo de izquierda, entendemos pertinente rescatar para el período 1930 y 1943 (aparte de la ya señalada incorporación de la concepción lennista sobre la liberación nacional) las siguientes: la convicción de que la recuperación de tradiciones populares constituyen parte de los sedimentos para conseguir una revolución nacional que debía superar la dependencia económica y cultural respecto del imperialismo capitalista; la creencia en la necesidad de constituir un nuevo pensamiento que se oponga a la cultura de elite; el hecho de impulsar un revisionismo histórico que relacione las luchas por la Independencia y los levantamientos federales del siglo XIX con las demandas populares de su presente; y el entender que la idea de una Nación sudamericana era necesaria, estratégica e históricamente, para la emancipación local y regional. A su vez, la descripción de Eric Hobsbawm (2010) de la que define como la principal corriente del nacionalismo latinoamericano desde la década del treinta refuerza las características presentadas: “Desarrollista, antiimperialista, es decir, antiestadounidense, popular, comprometida con la situación de las masas y políticamente inclinada a la izquierda” (Hobsbawm, 2010: 319).

A pesar de que algunas de las particularidades anotadas se volverán más notorias a partir del surgimiento del peronismo en la Argentina, efectivamente, entre el año 1930 y 1943, y en pleno auge del pensamiento nacionalista de derecha, se conformaron otras corrientes impulsadas por las reconfiguraciones y cuestionamientos a los partidos de corte liberal. En ellas convergió la posibilidad de una lucha revolucionaria de izquierda (que en términos generales modifica un planteo inicial centrado en la lucha clasista para derivar en el antiimperialismo) con una perspectiva de defensa nacional, basada, a su vez, en una reinterpretación del pasado del país.

Si bien Cattaruzza (2001) advierte que su origen radical obliga a tomar reparos frente a su inserción en el conjunto “nacionalista de izquierda”, FORJA, la escisión radical personalista que se efectiviza en 1935 impulsada, entre otros factores, por lo que consideraron la complicidad de la conducción de Alvear con el gobierno de facto, puede situarse entre las agrupaciones más influyentes de vertiente nacionalista de izquierda. La identidad Argentina construida por FORJA se alejó de la hispanidad y del catolicismo

propuestas como sus fundamentos por los nacionalistas de derecha para presentar a las clases populares como los principales vectores de la nacionalidad y no así a las elites. En la Declaración aprobada en la asamblea constituyente del 29 de junio de 1935, llamaron a “la construcción de una Argentina grande y libre soñada por Hipólito Yrigoyen” (Jauretche, 2011:82) y, a lo largo de su accionar, asumieron la conducción del pueblo para superar el estadio colonial en el que entendían inserta a la Argentina.

A pesar de nunca haber estado afiliado oficialmente a FORJA, Raúl Scalabrini Ortíz puede ser catalogado como el principal intelectual de la agrupación y su libro *Política británica en el Río de la Plata* (1940), en el que denunciaba las conspiraciones comerciales y políticas británicas como raíz de los problemas de la Argentina, la clave de la posición económica de FORJA. La denuncia del imperialismo se sumaba en FORJA con una propuesta de industrialización de la Argentina como forma de revertir la entrega del patrimonio nacional. FORJA, como destaca Buchrucker (1987) se caracterizaba, en oposición a las posturas xenófobas de los nacionalistas de derecha, por la recuperación de una visión integracionista de la Argentina que había sido desplazada, como vimos, por las nuevas ideologías. A la vez, si bien se negaban a catalogarse como un partido político (hecho que en cierta medida marca el descreimiento por la estructura institucional), pensaban a la democracia como forma aspiracional de gobierno, ya que representaba la voluntad popular masiva como base de sustentación. Por su parte, Goebel (2013) señala que los inicios políticos del principal organizador de FORJA, Arturo Jauretche, se debieron a su admiración por la Revolución mexicana y el “indoamericanismo” fomentado por el partido antiimperialista APRA. De hecho, marca también Buchrucker (1987: 270), que la búsqueda de la “liberación nacional” era entendida como una etapa “en el camino hacia una comunidad supranacional de los pueblos latinoamericanos”; consecuentemente, en su manifiesto inaugural se lee:

Que el proceso histórico argentino en particular y latinoamericano en general, revelan la existencia de una lucha permanente del pueblo en procura de su Soberanía Popular, para la realización de los fines emancipadores de la Revolución americana, contra las oligarquías como agentes de los imperialismos en su penetración económica, política y cultural, que se oponen al total cumplimiento de los destino de América.

Buchrucker (1987) destaca la relación de FORJA con el APRA peruano y sus simpatías explícitas con la presidencia de Cárdenas en México; en específico, respectode este último, con su política de nacionalización de la explotación petrolera (1987:261). También remarca que, a diferencia de los nacionalistas de derecha, se “centró casi exclusivamente en la problemática argentina y latinoamericana” (1987: 261).

A nivel general, la bibliografía restringe en FORJA la lista de las agrupaciones que pueden ser consideradas propias de un nacionalismo de izquierda; pero, a los fines de este trabajo, entendemos productivo analizar la relación de partidos de izquierda más tradicionales con las configuraciones y reelaboraciones que en la década de 1930 se produjeron respecto a la nacionalidad, así como sus implicancias para las definiciones ideológicas y políticas. Para el caso del Partido Socialista, hacer un relevamiento crítico de sus posiciones políticas y su vinculación con diferentes ejes del pensamiento

nacionalista conlleva, a la vez, a enfrentarse con las dificultades propias de las variaciones que atravesó el partido. Las mutaciones del socialismo, destacados entre otros por Ciria (1964), incluso imposibilitan ubicar a su conjunto dentro de algunos de los polos de “derecha” o de “izquierda”, de cuyo esquematismo se valió la organización de este trabajo. Aun así, se puede afirmar, por ejemplo, que la escisión que dio lugar al Partido Socialista Obrero formó parte de las corrientes que, para definirse políticamente, recurrieron a la revisión y reelaboración de la historia nacional liberal. Se debe destacar también la figura de Alejandro Korn, quien adhirió al Partido Socialista en 1931 y ya había decretado en los tiempos de la Reforma Universitaria¹⁶ la crisis del modelo político y cultural de la Generación del 80. Categóricamente antipositivista, Korn (1949) propuso la creación de una filosofía auténticamente argentina que promoviera una interpretación de la experiencia basada en síntesis entre intuición y concepto. La construcción de una visión del mundo que no se ubicase al margen de su realidad y que rompiera con el esquema de pensamiento de la Argentina liberal creemos que puede, cuanto menos, asociarse al pensamiento nacionalista. Por otra parte, Javier Guimet (2014) no duda en afirmar que el crecimiento del PS en la política argentina, beneficiada por la proscripción de la UCR en las elecciones, estuvo definido por una mayor apropiación de la historia nacional. Esto lo llevó a construir una “identidad particular de un socialismo que se pensaba como argentino” (Guimet, 2014: 90) anclada en la formación de una cultura nacional. Además, las intervenciones antimperialistas de Alfredo Palacio en el Congreso –“Una nación cuyos instrumentos insuplantables de circulación comercial y vital son extranjeros, no es todavía una nación, es una esperanza” (Graciano, 2008: 185)– se podrían situar dentro del abanico ideológico abierto por el pensamiento nacionalista. Para Osvaldo Graciano (2008: 185), en la actuación parlamentaria de esos años, Palacios: “reeditó sus antiguos proyectos en materia laboral y social de cuando fuera diputado a principios de siglo, enmarcados en el ideario socialista internacionalista, en los nuevos de tipo económico que propuso, demostró una profunda mutación nacionalista y antimperialista”.. De esta forma, los argumentos del diputado socialista no sólo respondían a los de la Unión Latinoamericana, sino que acudía al revisionismo historiográfico y a los postulados económico-políticos difundidos por FORJA, “posición que se consolida en el Plan de Defensa Nacional, votado por el 24 Congreso Ordinario del Partido Socialista realizado en 1938” (Graciano, 2008:187).

La descripción que Ciria (1964) realiza sobre el Partido Comunista parece trazada de manera antinómica a la efectuada sobre el Partido Socialista. Según este autor, el PC se ve marcado en los treinta por un ceñimiento ortodoxo que lo llevó a mantener posiciones prácticamente invariables en los años comprendidos entre el fin del Yrigoyenismo y el comienzo del peronismo. El énfasis puesto en el autoritarismo y el mote excluyente de “fascista” para los diferentes regímenes a los que se enfrentaba

¹⁶Hosbawm (2010: 317) vincula lo que denomina la tercera fase del nacionalismo latinoamericano con los movimientos estudiantiles latinoamericanos de principio del siglo XX: “el primero es el movimiento estudiantil que, tras comenzar en Córdoba (Argentina) en 1918, se extendió rápidamente por América Latina hacia Perú, Uruguay, Chile, Colombia, Venezuela, México y Cuba, y claramente inspiró nuevos movimientos populista-democráticos y nacionalistas como el futuro APRA en Perú y tal vez los futuros PRI en México, MNR en Bolivia y Acción Democrática en Venezuela, entre otros. Estos movimientos eran nacionalistas en el sentido en que eran, por primera vez, fundamentalmente antiimperialistas y en que ponían al pueblo como el objetivo fundamental de la acción política de los intelectuales”.

caracterizó, según este autor, la visión del PC frente a una realidad nacional de la que parecía ajena a sus cambios profundos. Advierte Ciria:

todas las derivaciones tácticas y de fondo obedecían a la concepción internacionalista del comunismo local, que ligaba de manera harto estrecha (y no precisamente dialéctica) la suerte de la Unión Soviética al mando de Stalin con nuestra propia suerte, sin ver que el problema era justamente el opuesto: de lo particular a lo universal, y que “la cuestión nacional” era lo urgente y previo (Ciria, 1964:166- 167).

No obstante, a partir de 1935, movilizado por la posición frentista del Séptimo Congreso de la Comintern, como también ocurriría como veremos más adelante con el PS, el partido revisó su política en función a la creación de Frentes Populares. En esta nueva perspectiva, que se alejó de la disputa “clase” contra “clase”, entró en consideración la necesidad de una lucha emancipadora “nacional” uniéndose a las críticas antimperialistas comunes a otros espacios políticos. Ilana Martínez (2014: 35) toma como ejemplo de este cambio de perspectiva una de las consignas de luchas proclamadas por el partido el 1° de mayo de 1936 en la que se conminaba a pelear “por la liberación de nuestro país del asfixiante yugo extranjero”. Para Cattaruzza (2008), este reordenamiento responde a un proceso más largo que podría datarse desde fines de los años 20 que hizo:

que el PC argentino pasara del rechazo a los símbolos nacionales, de la actitud disruptiva ante las tradiciones políticas locales, y de la reducción de la historia argentina a un drama en el cual el partido no hallaba, a pesar de excepciones, su referente preferido –salvo en la vaga figura de “las masas”–, a ofrecer su versión del pasado nacional, buscando enlazarse con figuras y programas políticos del siglo XIX y cantando en sus actos no sólo el himno propio de los comunistas, *La Internacional*, sino el himno de la nación (Cattaruzza, 2008: 172).

Según lo anotado, la discordancia con respecto a un Estado que se entendía como servil a los intereses extranjeros, el consecuente rechazo al imperialismo y la denuncia a una construcción de la historia que se veía tan falsificada como los resultados de los comicios electorales parecen ser los ejes fundamentales con que la bibliografía hermana a las corrientes nacionalistas (tanto de izquierda y de derecha) del período de entreguerras. Siguiendo a Sylvia Saítta (2001) se puede pensar que para el caso de los intelectuales y militantes de las izquierdas la crisis del modelo liberal representaba una oportunidad para una salida revolucionaria. No obstante, puede sorprender, que en varias de las agrupaciones de izquierda, o por lo menos en varios de sus miembros, continuaba preponderando una visión de la Argentina que entendía a su fundamento identitario en Mayo o que, incluso manteniéndolo escindido del panteón mitrista, conservaba la imagen de Rosas asociada a la tiranía.

A diferencia de los replanteos históricos característicos del revisionismo que conquistaba, a medida que avanzaba el período, más espacios dentro de la esfera cultural y política, varios de los miembros de FORJA seguían haciendo de la figura de

Rosas el símbolo de la tiranía. Así en *El Paso de los Libres* (1934) la gesta de 1933 contra Justo cobraba fuerza en la asociación de este mandato con la experiencia rosista. Cattaruzza señala al respecto:

Cuando los intelectuales y dirigentes radicales narraban la historia de su agrupación, relataban –o creían relatar- la historia de la nación. El espíritu del capitalismo habría estado presente en Mayo a través de la acción de Moreno, o en la lucha contra Rosas” (...) “en los tiempos cercanos al derrocamiento, pocos radicales deseaban que en sus gobiernos fueran comparados con los de Rosas, a pesar de que en el movimiento de rehabilitación iniciado en 1934 participarían algunos de ellos (2001:437).

Esta asociación parece también compartida por los partidos de izquierda más tradicionales. Ghioldi, en plena conmemoración a los 50 años de la muerte de Alberdi y ante los elogios a la figura por parte del comunismo argentino, sostiene que Alberdi se había acercado a Rosas por saber este último contener los levantamientos de la masa campesina (Cattaruzza, 2001); de este modo, si bien enlazaba a uno de los próceres del canon liberal con el personaje histórico emblemáticamente colocado a su anverso, Ghioldi conservaba la asociación de la figura de Rosas con la de la tiranía. Además, al igual que en el poema de Jauretche (1934), se critica a Justo a partir de su comparación con Rosas (Cattaruzza, 2001:439). Versión, por otra parte, coincidente con la de otro militante comunista: Enrique González Tuñón. Dos años antes de sumarse oficialmente al PC, el poeta publicó una sátira política (1932) que puede interpretarse en oposición a Uriburu donde uno de los epítetos elegidos para describir al tirano es el de “Restaurador de las leyes”. En cuanto a la visión histórica del socialismo, Ilana Martínez (2014), da cuenta de las complejidades de su recorrido a partir del análisis de sus escisiones en el período que compete a este trabajo. La ruptura con la cúpula dirigente -que en 1929 comenzó a gestarse por parte de un sector del PS en busca de una revitalización del marxismo revolucionario y en contra de una posición reformista- articuló una visión de la historia argentina que cuestionaba la significación de Mayo para su conformación identitaria. Al mismo tiempo, este sector consideraba a los colectivos “nación” y “patria” como constructos “engendrados por las mismas fuerzas que impulsaron la constitución de la clase burguesa contemporánea” (Martínez, 2014:32) y los invalidaba a partir de una visión de la historia entendida desde el enfrentamiento de clases. Sin embargo, impulsados por los postulados en relación a la realidad latinoamericana del sexto congreso de la Comintern (1928), estos posicionamientos fueron mutando hasta asociar la emancipación nacional con una solución de las problemáticas de clase. Ilana Martínez (2014) señala, a la vez, que el registro por parte del sector disidente en pos de integrar un movimiento nacional de inspiración socialista que contemplase una salida antimperialista a los problemas económicos del país contradice el difundido estereotipo construido por la izquierda nacional en los años sesenta, la cual insistía en la ausencia de percepción del problema imperialista por parte la izquierda tradicional. A partir de la búsqueda de una construcción frentista, nuevamente incitada por un llamado del Comintern, esta vez en 1935, las vertientes de izquierda del socialismo que participaban en la conformación del PSO en 1937 recuperan la Revolución de Mayo y a los miembros de la generación de 37 como antecedentes históricos en la lucha por la emancipación nacional. Para ilustrar este cambio, la autora destaca un discurso de

Rodolfo Aráoz Alfaro en un Congreso organizado por el cincuenta aniversario del fallecimiento de Sarmiento. Tras preguntarse qué hubiera dicho Sarmiento sobre el presente, propone: “lo habríamos visto exhortar en soberbias proclamas, dignas del boletín del Ejército grande, a todos los pueblos de América en lucha contra dictaduras y la opresión imperialista” (Martínez, 2014: 39).

La recuperación de la tradicional liberal era acompañada de la revalorización de la opción democrática como forma de gobierno. Si bien el fraude electoral se fue profundizando (con un breve descanso en los inicios de la presidencia de Ortiz) sobre todo en la presidencia de Castillo, los conflictos internacionales y los posicionamientos de los grupos de izquierda a escala global llevaron a la escindir la lucha partidaria entre fascistas y antifascistas.¹⁷ El PSO realizará su campaña a favor de la candidatura de Alvear proclamando la necesidad de crear un Frente Popular Antifascista y Antimperialista en la Argentina. En efecto, Andrés Bisso (2000) marca como un hecho inicial y decisivo para la izquierda a nivel global el discurso de Georgi Dimitrov, en el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, en 1935, donde proclama la necesidad mundial de generar Frentes Populares “para luchar frente a Hitler y Mussolini y contra cualquier posible nuevo representante de la “dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionario, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero” (Bisso, 2000: 4) Pero encontrará en La Guerra Civil Española el eje que profundizara en la izquierda latinoamericana la identificación con la causa antifascista y republicana:

Era necesario un ideal que se expresase por sobre los partidos políticos. Ese refuerzo decisivo lo dará la Guerra Civil española. Comenzada el 18 de julio de 1936, momento en que Franco se subleva contra las autoridades de la República, la explosión de la Guerra Civil española dotará a la apelación antifascista de una utilidad y capacidad tentadora inigualable hasta el momento. Con ella, no sólo la posibilidad de explosión del fascismo en cualquier lugar del mundo parecía cada vez más clara para los latinoamericanos sino que, a través del carácter que fue tomando la defensa de la República Española, se dotaba al antifascismo de un barniz épico y “romántico” a la vez, que servía para desmentir cualquier intención partidista en dicha causa (Bisso, 2000: 7).

En resumen, a lo largo de este apartado pudimos observar las mutaciones que en el interior de las agrupaciones de izquierda produjo las reformulaciones de la idea de nacionalidad entre 1930 y 1943. Alejados históricamente de adscripciones nacionalistas, el PS y el PC situaron a lo largo de la década parte de sus reivindicaciones dentro de ese espectro. Por otra parte FORJA, agrupación a las que sí se suele identificar con un

¹⁷ Es importante destacar que este no es el caso de FORJA que mantuvo una constante posición a favor de la neutralidad argentina basada en la defensa de los intereses nacionales y americanos. Su declaración del año 1941 titulada “A ninguno de los dos bandos estamos unidos” sintetiza su postura en el último párrafo: “Dejamos así definida por FORJA la neutralidad de la República, conforme a la práctica y la doctrina del radicalismo según fue concebido, no como partido político, sino como unión civil de los argentinos para realizar radicalmente a la Nación. Y afirmamos que ella es punto de partida en el movimiento libertador, para que la Argentina, como en los días iniciales de la patria, se proyecte en América hacia un destino común” (Jauretche, 2011: 17).

nacionalismo popular, estuvo lejos de mantener una posición orgánica que adecuase a todos sus miembros dentro de una visión revisionista y antiliberal de la historia Argentina. De este modo, un recorrido por las distintas agrupaciones de izquierda de la época permite trazar una visión más compleja pero al mismo tiempo más acabada del lugar que los nacionalismos y la idea de nacionalidad tuvieron en los años treinta.

Conclusión

La puesta en juego de los principales lineamientos historiográficos sobre la década del treinta ha permitido establecer que las configuraciones sobre la nacionalidad adoptan esos años formas complejas las alejan de una posible escisión entre visiones nacionalistas y republicanas. Como observamos, parte de la tradición nacionalista de derecha se afianzaba en una idea de Nación que ponderaba el republicanism y no así la democracia, a la que veía como una dictadura de las masas que conduciría al comunismo. Por otro lado, la revisión de la historiografía liberal no implicaba, como notamos a través del caso de FORJA, una reivindicación de la figura de Rosas. Basta para eso recordar una de las estrofas de *El paso de los libres* con la que Jauretche alentaba la lucha para el derrocamiento del gobierno de Justo:

de Vences y Pago Largo
pero también de Caseros:
después del infortunio amargo,
viene el triunfo justiciero (Jauretche, 1934: 54).

Pero incluso aceptando la tesis dudosa de que el revisionismo en su totalidad se sumía en una exaltación a la figura de Rosas, la construcción que sobre el caudillo se generaba dista de ser homogénea: para Irazusta representaba un dictador que supo imponer un orden social, mientras que para José María Rosa fue el ejecutor de una reforma agraria beneficiosa para los trabajadores de los treinta (Cattaruzza, 2001).

La imposibilidad de definir de manera unívoca, a partir de la revisión crítica de la bibliografía, a las visiones nacionalistas de los años treinta, no debe hacernos olvidar una característica, si bien un tanto tautológica, no por eso menos importante: la asunción por parte de estos grupos de que sus reivindicaciones partidarias eran representativas de los propósitos genuinos de la patria. En este punto, el antimperialismo, sobre todo entendiéndolo desde los matices diferenciales enunciados por Buchrucker (1987), debe ser destacado como uno de los ejes cruciales y distintivos de las construcciones nacionalistas del período. La configuración de un “enemigo” externo al suelo argentino, pero que contaba con agentes serviles en su interior fue, a medida que avanzaba la década, ganando espacio dentro de los posicionamientos nacionalistas que, paulatinamente, dejaron de constituir como eje principal de sus proclamas el enfrentamiento “clase” contra “clase”. Así, desde visiones de derecha se fueron perdiendo las aspiraciones elitistas para incorporar elementos populares en defensa de los intereses nacionales y, por su parte, grupos de izquierda fueron entendiendo necesaria la formación de frentes para combatir al “enemigo” externo. Atravesada por visiones ideológicas en pugna, la idea de Nación que se disputaba en los 30 fue un foco de significados culturales cuyas repercusiones trascendieron el período y también las

divisiones partidarios. En este sentido, adeudan los estudios historiográficos una revisión detenida de las construcciones de la nacionalidad desde visiones de izquierda, muchas veces obliteradas frente a las interpretaciones preponderantes que aúnan el nacionalismo, demasiado rápidamente, a postulados de derecha.

Bibliografía

Ballent, Anahí (2005): *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Prometeo/UNQ, Buenos Aires.

Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (1983): *Los Nacionalistas (1910-1932)*, CEAL, Buenos Aires.

Barroetaveña, Mariano y Weinmann, Ricardo (1996): *El nacionalismo argentino, 1930-1943*, Oficina de Publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Bellini, Claudio (2010): “El lento desenvolvimiento de la industria textil lanera argentina y la sustitución de importaciones durante la Entreguerras, 1914-1939”, *Investigaciones y Ensayos*, N° 59, pp.111-142.

Bisso, Andrés (2000): “El antifascismo latinoamericano: usos locales y continentales de un discurso europeo”, *Asian Journal Of Latin American Studies*, Vol. 3, pp. 91-116.

Bohoslavsky, Ernesto (2003): “El nacionalismo norpatagónico en los orígenes del peronismo (1930-1943)”, en Enrique Masés y Gabriel Rafart (editores), *El peronismo desde los territorios a la nación: su historia en Neuquén y Río Negro, 1943-1958*, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, pp. 45-76.

Buchrucker, Cristian (1987): *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927 - 1955)*, Sudamericana, Buenos Aires.

Camarero, Hernán (2012): “Alcances del sindicalismo único por rama antes del peronismo: la experiencia de la FONC, 1936-1943”, *Estudios del Trabajo*, N° 44, Vol. 43, pp. 113-139.

Caterina, Luis María (1995): *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Corregidor, Buenos Aires.

Cattaruzza, Alejandro (2001): “Descifrando pasados: Debates y representaciones de la historia nacional”, en Manuel Cattaruzza, *Crisis económica, Avance del Estado e Incertidumbre Política (1930-1943)*, Sudamericana, Buenos Aires, pp. 429-476.

----- (2008): “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (1925-1950)”, *A Contra Corriente. Una revista de historia social y literatura de América Latina*, N° 2, Vol.5, pp.169-195.

Chumbita, Hugo (2006): “Patria y Revolución: La corriente nacionalista de izquierda”, en Hugo Biagini y Arturo Andrés Roig (directores), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX, tomo II*, Biblos, Buenos Aires, pp.77-100.

Ciria, Alberto (1964): *Partidos y poder en la Argentina moderna, 1930-1946*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires.

De Privitellio, Luciano (1997): *Los nombres del poder. Agustín P. Justo*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Finchelstein, Federico (2002): *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Finchelstein, Federico (2010): *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Gálvez, Manuel (1939): *Vida de Hipólito Yrigoyen: el hombre del misterio*, Talleres Gráficos G. Kraft, Buenos Aires.

García Cedro, María Inés (2007): “Contra y Sur: dos espacialidades con oposiciones, cruces y repliegues”, en David Viñas, *La década infame y los escritores suicidas*, Paradiso, Buenos Aires, pp.191-199.

Garulli, Liliana (1995): *El treinta. Una década en transición*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Goebel, Michael (2013). *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*, Prometeo, Buenos Aires.

González Tuñón, Enrique (1932): *El tirano. Novela sudamericana de honestas costumbres y justas liberalidades*, M. Gleizer-Editor, Buenos Aires.

González Velasco, Carolina (2014): “Pasen y vean... y escuchen y lean: el mercado de los espectáculos porteños durante la entreguerras”, ponencia presentada en las *II Jornadas. Política y Cultura en la entreguerras*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires.

Graciano, Osvaldo (2008): *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Buenos Aires.

Gramuglio, María Teresa (2013): *Nacionalismo y Cosmopolitismo en la literatura argentina*, Editorial Municipal de Rosario, Rosario.

Guiamet, Javier (2014): “Mantener vivo el legado: entre la solemnidad y el entretenimiento. El Partido Socialista ante el cincuenta aniversario de la muerte de Alberdi y Sarmiento (1934-1938)”, en Andrea Bisso, Emanuel Kahan y Leandro Sessa

(editores.), *Formas políticas de celebrar y conmemorar el pasado en Argentina (1930-1943)*, Ceraunia, Buenos Aires, pp.87-103.

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis Alberto (1989): “Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945”, *Desarrollo Económico*, N°113, Vol. 29, pp. 33-62.

Halperín Donghi, Tulio (2003): *La Argentina y la tormenta del mundo: Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires.

----- (2007): *La República imposible (1930-1945)*, Emecé, Buenos Aires.

Iruzusta, Rodolfo y Irazusta, Julio (1934): *La Argentina Y El Imperialismo Británico: Los Eslabones de Una Cadena, 1806-1833*, Editorial Tor, Buenos Aires.

Jauretche, Arturo (1934): *El paso de los libres. Relato gaucha de la última revolución radical*, Editorial La Boina Blanca, Buenos Aires.

----- (2011): *FORJA y la década infame*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

Korn, Alejandro (1949): *Obras completas*, Editorial Claridad, Buenos Aires.

Lida, Miranda (2012): *La rotativa de Dios. Prensa católica y sociedad en Buenos Aires: El Pueblo 1900-1960*, Biblos, Buenos Aires.

Lvovich, Daniel (2003): *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires.

Macor, Darío (1995): “Imágenes de los años treinta. La invención de la década del treinta en el debate político intelectual de la Argentina sesentista”, *Documento de Trabajo, Programa de Estudios Interdisciplinarios de Historia Social CAID*, [en línea], N°3. Consultado el 20 de septiembre del 2018. Disponible en línea en http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/decadatreinta_macor.pdf.

Manzoni, Celina (2009): *Rupturas. Historia crítica de la literatura argentina*, Emecé, Buenos Aires.

McGee Deutsch, Sandra (2005): *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile 1890-1939*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Palti, Elías (2002): *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Rock, David (1993): *La Argentina autoritaria: los nacionalismos, su historia y su influencia en la vida pública*, Ariel, Buenos Aires.

Romano, Eduardo (2009): *Literatura y cultura popular en la Infame Década de 1930* Entrevista radial en *Tramas. Memorias del presente*, [en línea]. Consultado el 20 de septiembre del 2018. Disponible en línea en <http://tramasradio.blogspot.com.ar/2009/10/literatura-y-cultura-popular-en-la.html>

Romero, José Luis (1946): *Las ideas políticas en Argentina*, Tierra firme, México.

----- (1965): *El desarrollo de las ideas en la sociedad Argentina del siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México.

Rubinzal, Mariela (2012): *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina [1930-1943]: Discursos, Representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo*. Trabajo final de Licenciatura. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en línea en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=Jte450>.

Saítta, Sylvia (2001). “Entre la cultura y la política”, en Manuel Cattaruzza (director), *Crisis económica, Avance del Estado e Incertidumbre Política (1930-1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 383-428.

Scalabrini Ortiz, Raúl [1936] (2001): *Política británica en el Rio de la Plata*, Editorial Plus Ultra, Barcelona.

Torres, José Luis (1945): *La década infame*, Patria, Buenos Aires.

Hobsbawm, Eric (2010): “Nacionalismo y nacionalidad en América Latina”, en Pablo Sandoval (compilador), *Repensando la subalternidad. Miradas críticas desde/sobre América Latina*, Instituto de Estudios Peruanos, Perú, pp. 311-326.

Spektorowski, Alberto (2015): “Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, [en línea], N°1, Vol. 2. Consultado el 20 de septiembre del 2018. Disponible en: <http://www7.tau.ac.il/ojs/index.php/eial/article/view/1290/1316>

Tato, María Inés (2009): “Nacionalistas y conservadores, entre Yrigoyen y la ‘década infame’”, en Lilia Bertoni y Luciano De Privitellio, *Conflictos en democracia: la vida política argentina entre dos siglos, 1852-1943*, Siglo XXI, Buenos Aires, pp.149-170.

Terán, Oscar (1986): *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires.

----- (2015): *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Viñas, David (2007): *La década infame y los escritores suicidas*, Paradiso, Buenos Aires.

Zanatta, Loris (1996): *Del estado liberal a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Universidad nacional de Quilmes, Buenos Aires.